

Además, estamos todavía poco acostumbrados a reflexionar que el niño no pertenece ni a su padre, ni a su maestro, ni a la iglesia, ni al Estado, sino que se pertenece a sí mismo.

Por añadidura, unos cursos de sindicalismo, de cooperación, de socialis-

mo, de sabotaje, de acción directa, de antimilitarismo o de anarquía, abrumarían al niño tanto como los cursos de instrucción cívica.

SEBASTIÁN FAURE

De Propos d'éducateur.

Las luchas de nuestros días

Ha cesado de llover.

Sentados en un banco, bajo los árboles que todavía gotean, miramos pensativos desgarrarse las nubes y replegarse sobre el verde círculo de montañas que aprisionan al pueblo. Unas descienden por las húmedas vertientes; otras ascienden hasta cobijar temblorosas las cónicas alturas; luego parecen retirarse para que las advenedizas celebren sus solemnes danzas.

Silenciosa y encharcada está la calle. Nadie habla. De tiempo en tiempo, suena el hueco choclar de unos zuecos, y alguna vieja pasa vestida de negro y con los ojos puestos en el suelo. Los nuestros se fijan un momento en ella, y vuelven a contemplar las majestuosas evoluciones de las nubes, mientras en los oídos resuena el monótono golpear de los zuecos, que tristes avanzan calle abajo.

Un rumor rodante y discreto suena a lo lejos. Las cabezas se vuelven con perezosa curiosidad atraídas por el rumor, que cada segundo es más perceptible. Un coche vacío se acerca rápido; pasa chispeándonos el ceno de la calle, y se aleja reluciendo entre los oros del primer sol, que acribilla las deshechas nubes.

Ya se ha alejado buen trecho el vehículo cuando alguien pregunta con pausada entonación:

—¿Dónde irá?

Y otro responde con desabrido gesto:
—¡Eso no se pregunta!...

Sigue un momento de quietud, en que los ojos se distraen con los juegos del sol al romperse en el terso charol de la caja, y cuando ya se ha perdido el coche a lo lejos, el último en hablar me dice:

—Es el coche de la Fábrica... Todas las tardes viene a recogerlos.

—¿A los dueños?...

—No; a los frailes... Puede afirmarse que es de ellos más que de los dueños.

—¿Y dónde los lleva?

—¿Cómo?... ¿Que adónde?... ¡A la Fábrica!... ¡A aconsejar!... ¡A dar órdenes!...

Pasa un rato de mutismo, y otro del grupo sentencia:

—Esos serán andando el tiempo los peores enemigos del pueblo.

Y el anterior lo confirma de este modo:

—¡Oh, sí!... Lo son ya... ¡Cuánto ascendiente han conquistado sólo en un año!... Llegaron pobres...

Una voz interrumpe.

—¡Silencio un momento!... Aquí están...

El coche vuelve más ligero que fué. Dentro vienen dos frailes encarnados y robustos, vestidos de hábitos pardos. Al confrontar, mira distraidamente el que ocupa la izquierda, y al ver un forastero, sus ojos reparan con más atención en el grupo. La curiosidad le tienta, y ya a distancia asoma la cabeza. Alguien murmura un insulto, y su vecino le aconseja respeto.

—¡Gran oficio!—exclama el que antes fué interrumpido—. Llegaron pobres hace pocos meses, y ya están en camino de ser ricos. No hay recuerdo en la comarca de que nadie haya prosperado tanto.

—¿Son piadosos en la Fábrica?—pregunto.

—¡Piadosísimos!—me contesta el mismo haciendo una mueca irónica—. ¡Sobre todo desde la huelga!... Antes no conocíamos aquí a esos señores: con